

El engaño arde en verde

La tenue noche relucía bajo las luces de neón, el repiqueteo de sus tacones le invadía los tímpanos y a lo lejos ya se podía diferenciar el retumbar insaciable de la música del club en el que trabajaba.

Esa noche tenía un aire diferente, tal vez era a causa de la nueva pieza de lencería que se había puesto, ese tono azulado que le hacía parecer una muñeca, resaltando su melena dorada y sus ojos marrones reflejando confianza.

Saludó a sus compañeras con normalidad, se encontraba en medio de una conversación banal con una de ellas cuando el altavoz anunció que era su turno de salir al escenario.

Lo primero que vio fueron esos ojos verdosos que parecían arder con pasión, envueltos por la oscuridad de la sala y la privacidad del anonimato del acto, parecían no perderle de vista en ningún momento, casi maravillados con sus hipnóticos movimientos.

Sonrió para sus adentros y siguió con el show. Otro imbécil más que caía rendido ante ella. Y como ella misma se esperaba, al finalizar su actuación, el hombre pidió una sesión privada.

Ella rio con sus compañeras antes de salir por la puerta, despidiéndose y caminando hasta las habitaciones del fondo del pasillo.

Conoció por fin la cara a la que esos encantadores ojos pertenecían. La noche no fue mal para ella, el hombre le dejó como propina una gran suma de dinero, por la que luego celebró con sus amigas.

Lo que ella no se esperaba fue reconocer esos mismos ojos al día siguiente. Y al siguiente. Y el jueves, el viernes... Y así transcurrió la semana.

Las visitas empezaron a ser casi diarias, la curiosidad empezó a brotar dentro de ella después de que enero se acabase. El chico era amable, le trataba con respeto y parecía buena persona.

No habría tenido que hacerlo, pero empezó a sentir un amor imposible por él. Una de las reglas no escritas de la prostitución era no enamorarse de un cliente, pero ella cometió el fatal error de caer en sus garras.

Una noche de mediados de febrero, le preguntó si quería escaparse de allí con él. No tuvo que pensárselo dos veces, simplemente dijo que sí.

Tal vez hubiera tenido que hacerlo, pues al menos el nombre de Margarita Manso hubiera podido ser algo más que otro nombre de la interminable lista de víctimas destinadas al tráfico de órganos.